

UNA REPUBLICA AGRARIA: COSTA RICA

Paul Gache

Más allá del "mar de la tarde", esa porción del Atlántico designada por los navegantes vascoandaluces como el Mar de los Sargazos, se extiende un subcontinente, ístmico e insular, cuyas costas accidentadas enmarcan el Mediterráneo Americano. Aunque conocido desde hace cuatro siglos, este Mediterráneo, ni desde el punto de vista de la Geografía, ni del de otras ciencias que gravitan alrededor de ella, ha sido objeto de estudios concéntricos, y sigue siendo con demasiada frecuencia dominio exclusivo de los especialistas, como sucede, por otra parte, con las costas mediterráneas, malásicas y árticas, sus hermanas.

Sin embargo, más de una simetría muestra semejanzas entre nuestro Mediterráneo euroafricano y el que comparten igualmente el Golfo de Méjico y el Mar Caribe. Comenzando por la multiplicidad, originalidad e independencia relativa de los grupos humanos, a menudo heterogéneos, que, más que unirse, se yuxtaponen, y no tienden a formar comunidad sino en la escala superior que tiene toda comunidad de destino, lo que tanto sorprende a los observadores nórdicos habituados a no concebir comunidad de destino más que en un marco en el cual las comunidades de relación están ya muy desarrolladas. En resumen, el Mediterráneo Americano está estructuralmente en los antípodas de la familiaridad de contactos que ofrece por ejemplo el Báltico, y los Estados Hanseáticos le son por siempre un fenómeno inaccesible.

No se puede, pues, abordar ese sector, compuesto vitalmente solamente por los márgenes, por la estrecha entrada que consiste en caminar de un sector a otro, lo que da evidentemente, a fin de cuentas, una cierta visión de conjunto, pero no un acercamiento sintético: demasiadas facetas locales se oponen en él de hecho, profundamente, aun si ellas permiten, vencidos los obstáculos, por otra parte desconocidos, reconocer una amplia interdependencia regional.

En Europa occidental, esta formación caleidoscópica del Mediterráneo Americano ha contribuido a desviar las miradas; fuera del caso cubano y de las tierras inmediatas al Virreinato de Méjico, la España colonial se desinteresó mucho más que de la América del Sur; a pesar de los desafueros de sus corsarios durante la era del "Westward Ho" (hacia el Oeste), Inglaterra no siguió de cerca sino los problemas antillanos, igual que Francia; el investigador alemán, que uno encuentra generalmente en todas las latitudes, aquí no va más allá de la franja de las zonas arqueológicas; el inmigrante italiano, que proporciona también un contacto apreciable, no figura más que en Venezuela y la diferencia de importancia entre las Indias Holandesas Orientales y las Occidentales, muestra que la etnia flamenca no fue excepción.

Pero si el contorno de este mediterráneo es una "tierra incógnita", lo es precisamente la parte ístmica formada por el continente americano entre Méjico y Colombia. Digámoslo francamente: cuando aparece un artículo en una revista europea sobre esta región, hace pensar, por su imprecisión y por la ausencia de contexto al cual está obligado a referirse, a los relatos de algún misionero del 1900, o de algún oficial en misión en Sudán, en la misma época. En el mejor caso los testimonios continúan acumulándose (¡en número ilimitado!) demasiado diferentes, demasiado

locales, demasiado subjetivos también, para permitir superar la edad descriptiva, y, por lo demás, la apatía europea hacia el mundo hispánico en general, limita a algunos la posibilidad de coordinar esos testimonios en una estructura. "Guatemala no existe, yo lo sé... ahí viví", decía hace poco Georges Arnaud; ¡ay! este humorista estaba más cerca de la verdad que de la ficción.

A falta de ciencia europea y para no pasar por una infinidad de informaciones norteamericanas, siempre embarazosas, para explicar la forma de actuar de los latinoamericanos y a menudo provocadoras de descontento en los interesados, lo mejor es dirigirse a los hombres de ciencia centroamericanos, pues los hay, y de los que nos sorprenderán. El hecho es particularmente notable en Costa Rica y explica la razón de nuestra elección. En este pequeño país, para atenernos a las indicaciones de 1956, señalemos que la Facultad de Ciencias Económicas y Sociales de la Universidad de San José comprende una cátedra de Principios de Sociología ocupada por el Lic. Froylán González Luján, con 139 estudiantes (a); una cátedra de Historia Económica y Social General a cargo del Ing. Miguel Mata Amador, con 103 estudiantes (b). Por otra parte, la Facultad de Filosofía y Letras de la misma Universidad comprende una cátedra de Etnología ocupada por el profesor Jorge Lines y una cátedra de Introducción a la Sociología, a cargo del Dr. Ernesto Wender, agrupando en ambas 63 estudiantes; y cada año, sólo en esta Facultad, son presentadas cuatro tesis, la mayor parte relativas a Costa Rica, y que enfocan temas preciosos para esta revista; ¡el terreno no es virgen! (c).

Antes de abordar el carácter del costarricense, es indispensable situar a Costa Rica en el cuadro de las seis repúblicas centroamericanas.

RASGOS COMUNES.

En ninguna parte del mundo, ni en las inmediaciones del istmo de Kra en Malasia, el carácter ístmico es geográficamente tan sorprendente y conduce de hecho a una insularidad física y mental que no tiene nada que envidiar a la de Cuba o de

a).—Desde la reforma universitaria, 1957, en la Universidad de Costa Rica, hay los siguientes estudios sociológicos:

Cátedra de Fundamentos de Sociología en el Departamento de Estudios Generales. Director: Lic. Eugenio Rodríguez Vega; Profs. Asociados: Dr. Ernesto J. Wender, Dr. Marco Tulio Salazar y Lic. Carlos Ma. Campos. Alumnos, alrededor de cuatrocientos. Cátedra optativa para los alumnos del primer año de la Universidad.

Cátedra de Principios de Sociología en el Área de Ciencias Sociales. Requisito previo para las Facultades de Derecho, Ciencias Económicas, etc. Coordinador: Lic. Eugenio Fonseca. Profs. Asociados: Dr. Benjamín Núñez, Pbro., Lic. Froylán González, Lic. Rafael Angel Hernández, Lic. María Luisa de Volio, Dr. Juan Núñez. Alumnos, alrededor de seiscientos.

Está en estudio avanzado el plan de un Departamento de Sociología, con cuatro años de especialización.

En la Facultad de Ciencias Económicas y Sociales, en su Departamento de Servicio Social, Cátedras de: Sociología Rural y Urbana, Lic. Carlos María Campos; Sociología de la Familia, Lic. Carlos Ma. Campos. En el Departamento de Economía, Cátedra de Sociología (para economistas), Lic. Eugenio Fonseca. En la Cátedra de Antropología Cultural, Dra. M. E. Bozzoli de Willy.

En la misma Facultad, Departamento de Filosofía, la cátedra de Antropología, Lic. Teodoro Olarte.

En la Facultad de Ciencias Económicas, funciona un Departamento de Investigaciones Económicas, dirigido por el Lic. Oscar Chávez, centrado actualmente en la investigación de "la Tenencia de la Tierra en Centroamérica". En la misma Facultad, el Departamento de Desarrollo Económico, que estudia los problemas de desarrollo económico de Costa Rica. — N. de R.

b).—Cátedra de Historia Económica y Social General, Departamento de Historia de la Facultad de Ciencias y Letras, Coordinador, Lic. Rodrigo Soley. — N. de R.

c).—Suelen ser entre seis y diez las tesis de Licenciatura presentados en la Universidad anualmente, sobre Historia y Sociología de Costa Rica. — N. de R.

Puerto Rico, comprendidas en el mismo ciclo caribe; pero todas estas insularidades se saben vecinas y limitadas de la misma manera, tanto que este archipiélago insular (geográficamente o no) no ofrece de ningún modo complejo alguno, ni entre sus componentes, ni respecto a la América del Sur ni aún a la del Norte; hay que ser "una isla" y una isla que cuente, para ello (Gran Bretaña, Hondo, Java); sólo Cuba se acerca un poco a este sentimiento, lo que explica su larga "fidelidad" a España. En realidad, la insularidad físicamente experimentada es de tipo egeo, con una división en comarcas más acentuada; distancias más grandes y comunicaciones mucho más delicadas. Ha existido siempre y explica en parte la diáspora de las ciudades mayas de Yucatán a Honduras.

En lo que concierne a los países del istmo, poseen en general, excepto El Salvador, dos litorales: uno atlántico y otro pacífico; con un segundo plano, si no de conos volcánicos, al menos de tierras de espaldas irregulares y un territorio central alto; las combinaciones y proporciones varían entre las tierras altas y las planicies en terrazas, pero todos los países ístmicos conocen este juego interno de relaciones y separaciones; costas escarpadas cercanas a espaldas de clima casi mediterráneo, por consiguiente agradables, guardando las proporciones. Las lluvias de altura mejoran las condiciones de vida en las cadenas vecinas al Pacífico y suavizan los picos; la constancia de la humedad torna menos aptas las llanuras de la costa atlántica.

La unidad del descubrimiento (14 de agosto de 1502), de la colonización (una sola unidad administrativa durante tres siglos: la Capitanía General de Guatemala) y el hispanismo lingüístico (la primera ciudad fundada por Pedro Alvarado recibió por nombre Granada y nadie puede ignorar el puesto de Rubén Darío en la renovación de la literatura de habla española) completan estos datos físicos. Es preciso agregar aquí otro factor de cohesión externa desde hace setenta años: el despertar de una reacción común contra la intrusión del "gringo", del extranjero venido de los Estados Unidos.

Otros hechos semejantes se pusieron en juego. En el medio rural, el hecho es que la mayor parte de la población de las seis Repúblicas habita en las zonas altas o busca las alturas: en Guatemala la población de los departamentos situados por encima de los 1.500m. tiene una densidad de 60 a 207h. por Km², la misma concentración se registra en las zonas elevadas de Honduras y de Nicaragua; 65 de densidad en El Salvador, el más pequeño de todos (superficie de los Países Bajos), del cual casi todos los territorios son elevados; en Costa Rica la Meseta Central, compuesta de promontorios con 5% de territorio, hace vivir al 70% de la población, y sólo el atractivo del canal ha modificado parcialmente el mismo fenómeno en Panamá. Las ciudades, aunque relativamente pequeñas, se asemejan también más allá de las respectivas fronteras: ciudades "conservadoras" de mentalidad castellana que datan de los conquistadores, Antigua en Guatemala, Comayagua en Honduras, Granada en Nicaragua, Cartago en Costa Rica; ciudades "liberales", donde se ha conservado la mentalidad criolla predominante en el siglo XVIII y que ha preparado la independencia, Guatemala, capital del Estado del mismo nombre, San Salvador, capital de El Salvador, Tegucigalpa, capital de Honduras, León en Nicaragua, Heredia en Costa Rica y finalmente Panamá. Ciudades éstas surgidas del florecimiento del siglo XIX; del florecimiento parlamentario, Managua, capital de Nicaragua, y San José, capital de Costa Rica; del auge económico, Santa Ana, en el Salvador, y Colón a la entrada atlántica del Canal de Panamá; ciudades nacidas de la actividad norteamericana, más profundamente hostiles a los "yankees", como Puerto Barrios, en Guatemala; San Pedro de Sula, en Honduras, y Puerto Limón en Costa Rica, en las vecindades de las plantaciones; Balboa y Cristóbal en la zona del Canal de Panamá. Habría que añadir las ciudades indígenas como Quetzaltenango en Guatemala; Centzonatl (Sonsonate) en El Salvador y Santa Rosa de Copán en Honduras, que han guardado sus características específicas.

No obstante esas marcadas afinidades, no ha sido posible realizar el sueño de unificación defendido hasta la muerte por el hondureño Morazán en el siglo pasado, bajo el nombre de "Istmania", y recogido hacia 1936 por el guatemalteco J. J. Arévalo, bajo el nombre todavía más pintoresco, de "Volcania".

DIFERENCIAS PERMANENTES.

A pesar de la unidad de sus grandes líneas físicas, es necesario constatar que la cuenca de los Lagos de Managua y Nicaragua, prolongada por el río San Juan, rompe el ritmo de las cordilleras: al norte las tierras altas son mucho más elevadas que al sur, donde, por el contrario, el clima, más ecuatorial, es menos favorable.

Además, la Centro América culturalmente hispánica por una parte y unánimemente refractaria a los Estados Unidos por otra, no ha sufrido en forma uniforme estas dos influencias: en Panamá, donde la presencia yankee la contraría, la escuela netamente castellana de Bogotá, la "Atenas de la América Latina", domina. En los otros países, es Méjico, más liberal y pasablemente indianizado, quien domina, con excepción de Costa Rica, sensible a las dos tendencias.

Esta oposición está reforzada por las divisiones étnicas. Al norte, solamente una raza india, la de los mayas y sus parientes, mucho más numerosos que los verdaderos descendientes de los mayas de entonces, constituye un núcleo de atracción alrededor de Guatemala, país que agrupa el 70% de los indios de América Central (25p/km²). Mientras que los Lencas de las montañas, los Mosquitos de los estuarios atlánticos, los Talamancas al extremo sur y los Curias de San Blas, todavía antropófagos, no han superado nunca el cuadro tribal y viven diseminados (2'5 por Km²). Por el contrario, es al sur, en Costa Rica, en donde se encuentra la única comunidad en la que los blancos superan en cincuenta o más por ciento (70 por Km² en las regiones altas), si bien no constituyen más que islotes en otras partes (1 por Km²). Entre esos dos extremos étnicos domina el mestizo, sobre todo en Nicaragua; en Panamá en cambio los negros y mulatos, jamaicanos de origen y de habla inglesa, dan un sello específico, así como en algunos puntos de la costa de los Mosquitos.

Otra diferencia: el nivel de vida 210 dólares de renta anual por habitante en Panamá, donde el Canal da el bienestar a la mitad de la población; 140 en Costa Rica, donde el campesino blanco no conoce los impresionantes retrasos técnicos de sus vecinos; solamente \$ 90 en El Salvador, muy poblado; 83 en Honduras; 80 en Nicaragua y 77 en Guatemala, cuyo atraso es superado en América sólo por Haití y Bolivia.

Finalmente, el nivel cultural ofrece también anomalías: 30% de la población de 15 años y más de edad sabe leer y escribir en Guatemala; 35% en Honduras; 38% en Nicaragua y 40% en el Salvador, por 71% en Panamá y 82% en Costa Rica, la que con sólo un millón de habitantes tiene 460.000 alfabetos, es decir, casi tanto como El Salvador (480.000) y Guatemala (575.000) con sus 2'3 y 4 millones de habitantes respectivamente; lo propio sucede en Panamá, que con 700.000h, llega a 333.000 personas instruidas, es decir, tantas como Nicaragua con 285.000 y Honduras con 362.000, con su millón cuatrocientos mil habitantes cada una.

Tal es el contexto físico, económico, étnico y cultural en medio del cual se ha formado y evolucionado Costa Rica, de la cual es verdaderamente difícil hablar sin evocar su contorno, tan poco conocido, pero indispensable para apreciar la situación. Un simple acontecimiento histórico muestra la distancia física y, por consiguiente, mental, que el costarricense ha debido y debe vencer para mantenerse al unísono de la Europa de sus antepasados. Costa Rica, había, por admiración a Francia, adoptado el pabellón tricolor, que conserva siempre; Luis Felipe, advertido, se apresuró a firmar un tratado reconociendo la independencia del país; las instrucciones partieron, pero el agente francés no llegó a Ciudad Guatemala, donde se firmó el tratado, sino el 12 de marzo de 1848. El tratado no podía ser válido sino ratifi-

cado por el Parlamento de San José, lo que no sucedió hasta el 7 de setiembre siguiente. Ahora bien, desde febrero Luis Felipe estaba exilado; la ratificación decía, sin embargo, que el Tratado había sido establecido "en el nombre de la Santísima Trinidad", y concertado con el "rey de los franceses".

* * *

El costarricense es ante todo un campesino, cuyo retrato ha sido trazado con mucha finura en 1943 por Luis Barahona, en su ensayo *El gran incógnito, Visión interna del campesino costarricense*. El es quien habita y da vida a la Meseta, altiplanicie de 1300 m. de altura y 2.000 km² de superficie (la de Costa Rica entera es de 51.000 km²), Meseta de 70 km de largo y 25 de ancho, cuyo clima, dice H. Polakowsky, es una "eterna primavera" (1). En ella se concentra lo esencial de Costa Rica. "Ese fenómeno, —según opinión del profesor Carlos Monge Alfaro—, facilitó mucho el desarrollo de la nacionalidad costarricense; su progreso espiritual y material no halló los obstáculos que en otras sociedades. La Meseta Central ha determinado en sus partes más importantes la vida y costumbres del costarricense en forma tan intensa que se ha ido extendiendo poco a poco por todo el país a pesar de las diferencias geográficas" (2).

En Costa Rica fue necesario que los primeros colonos europeos buscasen valles para establecer una vida civilizada: en 1524 Juan Vázquez de Coronado fundó una pequeña colonia y solamente 55 familias españolas podían juntarse allí en 1572, ocho años antes de la fundación de la primera ciudad, Nueva Cartago. Hablando del valle del Guarco, nombre indígena del lugar de Cartago, Vázquez de Coronado asegura que él no vio uno mejor, "excepto el Atrisco en Nueva España (Méjico)", pensando en que tiene tres leguas de ancho y buenas tierras para cereales. Las tribus precolombinas eran poco numerosas; Luis Demetrio Tinoco, Decano de la Facultad de Ciencias Económicas y Sociales de San José, hizo para el principio del Siglo XVI la siguiente evaluación 13.200 habitantes de raza chorotega y de origen chorotega y de origen chiapaneco en la Península de Nicoya, 8.200 h. de raza viceíta o tariaca, de origen caribe, en el valle de Talamanca; 400 nahuas y aztecas; 1000 de raza brunca y de origen colombiano en los valles del sur (Térraba, Boruca, Coto); 3.500 en los valles de la Meseta Central, de raza hüetar y de origen caribe; 900 de raza corobicí, de origen desconocido, en las orillas del Lago de Nicaragua y del Río San Juan, al Norte. (3). Esta débil población indígena, repartida sobre todo en los extremos del país, evidentemente se hundió con los recién llegados. Costa Rica no cuenta actualmente sino con 40.000 verdaderos indios y la proporción de sangre indígena, en el mestizaje, ha sido tan débil que se puede decir, particularmente hablando de los habitantes de la Meseta, que son prácticamente de raza blanca.

En América Latina sólo Argentina, sin duda también Uruguay, y quizá Chile, son tan completamente europeos de origen, lo que confiere a la República agraria de C. R. su originalidad étnica.

Poco a poco los habitantes de las llanuras han sido influidos por los de la Meseta. De esta vida tranquila y tan pobre se ha desprendido una manera de ser que el pueblo, inconscientemente, ha creado, transmitiéndola a las nuevas generaciones. La agricultura, el cultivo, en gran parte heredados de los aborígenes, han contribuido a mantener al hombre en el trabajo cotidiano que encontraba en el caserío, o mejor, en la hacienda, base de la vida civil y piedra fundamental de esta nacionalidad

(1) *La República de Costa Rica en Centroamérica*, Revista de los Archivos Nacionales, Costa Rica.

(2) *Geografía Social y Humana de Costa Rica*, p. 8.

(3) *Panorama económico de Costa Rica a principios del siglo XVI*, Revista de la Universidad de Costa Rica, N^o 1. *Nuestros Aborígenes*, p. 10, de Rubén Iglesias Hogan.

en gestación. Actualmente, el espíritu aldeano y agrícola domina al de las ciudades; por otra parte, no se puede establecer una diferencia marcada entre el tipo urbano y el rural, contrariamente a lo que se piensa de las ciudades hispanoamericanas en las cuales se opone ordinariamente el carácter castellano al país llano indianizado. Por todas partes se ven las mismas gentes, las mismas costumbres, el mismo apego al hogar, las mismas relaciones sociales, la misma riqueza, el mismo ambiente natural.

Sin embargo, desde hace algunos años aparecen los primeros síntomas de una nueva etapa: en efecto, en cierta manera, el progreso de los cultivos y el desarrollo agrario de la Meseta está terminado; la ganadería está en alza, la tendencia al "latifundismo" ha provocado un principio de éxodo rural y la tradicional "carreta" (carreta de ruedas de madera llena y admirablemente decoradas) ha dejado de servir de medio de comunicación a distancia. En el siglo XIX se había colonizado hasta los llanos más aislados: San Marcos de Tarrazú, Santa María de Dota, El Copey, El General, Sarapiquí, San Carlos y Santa Clara. Todo parece indicar ahora que el país va a irradiar su energía desde el centro hacia la periferia de las llanuras y los cerros abandonados, y hasta la selva virgen, que va a incorporarse a la vida del pueblo y determinar un nuevo equilibrio cultural en la montaña así como en la vecindad de las costas.

"Costumbres, creencias, habla, leyenda, —dice Luis Barahona— resultan de nuestra sangre y del ambiente, de la ascendencia étnica y geográfica. Somos una población indo-española de pequeñas llanuras, no rústicos y ásperos como el roble, no amplios de mirada como el mar y despejados de alma y corazón como el cielo, no pujantes, ricos y hermosados de recia virilidad, como nuestras selvas vírgenes, sino débiles, rutinarios, apegados demasiado a la cocina" (4).

Los sociólogos costarricenses que atribuyen tal importancia al hecho geográfico de la Meseta para el nacimiento y florecimiento de este islote mental casi europeo que es su país, se refieren con frecuencia a la escuela francesa de geografía humana de Deffontaines y a los estudios del profesor Blanche. Sacan conclusiones quizás un poco exclusivistas, y a título de indicación daremos la del profesor Monge Alfaro, precisamente para mostrar la extensión práctica que dan a ese fenómeno: "La Meseta Central por su pequeñez, por los rebordes montañosos que la encierran, por su especial historia, ha sido y es tierra de democracia; el labriego formó su hacienda, vivió pobre, sin conocer la cultura ni la civilización, y sobre su escuálida figura pasaron los siglos coloniales, y pobre entró en la república. Nadie acaparó tierras para sí; todos poseían su parcela. Muy lejos de las iglesias llevaron vida, en muchas ocasiones, de ermitaños. Pasaron centurias y no salieron de sus ranchos pegados al suelo, crearon un mismo nivel moral y social. Por eso no hubo clases orgullosas de su riqueza, de sus nobilísimos orígenes. Fueron simples campesinos de elemental vida aldeana: he aquí a los hombres en cuyas conciencias sólo sentimiento de igualdad nació; he aquí a los hombres por los cuales C. R. se explica y se siente; he aquí a los hombres gérmenes y fundamento de nuestra democracia. La Meseta Central fue como un inmenso solar en donde la familia costarricense evolucionó desde el primitivo colono hasta el ciudadano de hoy día" (5).

* * *

¿Qué son los "Ticos", especie de mote con el cual los nicaragüenses llaman a sus "hermanitos" (*hermaníticos*, *hijíticos*) y el que se usa con gusto desde que Ricardo Fernández Guardia ha escrito sus *Cuentos Ticos*, para evitar la larga denominación nacional de costarricenses? En su libro *La enfermedad de Centro América*, Salvador Mendieta, fundador del partido unionista centroamericano, aconsejaba un

(4) *El Gran Incógnito*, p. 14.

(5) op. cit. p. 10.

estudio profundo de los Ticos y de sus vecinos, y los testimonios sobre ellos, interesantes para el sociólogo, no faltan (6).

Los Ticos son ante todo, lo dijimos ya, campesinos, o mejor, siguiendo el lenguaje local, "conchos". Concho es la abreviación del nombre Concepción, muy común entre las jóvenes de este país y cuyo diminutivo corrientemente es Concha o Conchita. Concho es Juan sin Tierra, "rústico, tosco, hombre sencillo de los campos". Thomas Francis Meagher en sus *Vacaciones en Costa Rica*, escritas en 1858, permite descubrir algunas características: "Por todo el camino prestábamos mucha atención a la viva inteligencia, a la actividad, a la intrepidez, a la cara despierta y a la gentileza de los muchachos costarricenses. Muchos entre ellos guiaban las carretas cargadas de café, saltando alegremente al lado de los bueyes corpulentos por razón del carácter a la vez rugoso y resbaladizo del camino, halando la yunta con destreza de carreteros avezados, en los peores desfiladeros, las cuestas más escarpadas, las vueltas más estrechas; ellos vencían todas las dificultades del viaje con sagacidad y valentía. En el camino hacían subir con gentileza a los hombres de edad que iban a pie o a caballo, o dormidos sobre ellas entre sacos de café, mientras que los niños blandían el chuzo, verdadera mano de justicia del conductor. Y no eran los únicos que uno veía así en este camino, que hacían ese penoso trabajo con tal brío. En todos los lugares, en los campos, en el mercado, en los bosques, en medio de una muchedumbre en la tarea, o bien la soledad más completa, por todas partes eran los mismos jóvenes despiertos, expeditos, osados, infatigables. Ellos son para el país una fuente de salud y una alegre corona sin precio".

El trabajo por jornada es la ocupación de la gran mayoría de los conchos. Cada latifundio exige cierto número de obreros agrícolas para ayudar al propietario en el trabajo de su tierra, para la siembra y para la cosecha. Además, la industria lechera exige brazos para los potreros y el servicio de los establos. Muy de mañana, antes del alba, la luz aparece en la casa del concho; las mujeres encienden el fuego y despiertan a los hombres; rápidamente calientan agua, lavan los platos, raspan el dulce y cocinan grandes raciones de maíz. Con las primeras "tortillas" se bebe "aguadulce", líquido a menudo tibio; se come también frijoles en hojas de plátano, un gallo, pedazo de carne envuelta en una tortilla, muy apetecido por los niños. Terminada rápidamente la comida, ¡en camino hacia la hacienda! Es raro que se vuelva a la casa antes de las 4 de la tarde. Se trata entonces de hacer el "corte", trabajo fijo de destajo que en caso necesario cuando el padre está fatigado, un muchacho acaba al fin de la jornada, presto a volver de noche a la casa. Desde siempre en las plantaciones consiste sobre todo en "arrimar el surco", trabajo que exige el mismo rendimiento avanzando el surco hasta el punto alcanzado por aquel que se encarga del lindero del campo. El lado picaresco del tico en el trabajo se expresa en la abundancia de los "chiles", bromas picantes que circulan de un trabajador a otro.

Los pastores son todavía más madrugadores, y esa es una de las cualidades de ese pueblo, al que el frío de la aurora no detiene nunca, cubierto con su "gangoche" de cáñamo. Hay que añadir una extrema habilidad manual, que hace de ellos artesanos natos, "reméndonos", capaces de servirse de todos los instrumentos. En sus momentos de ocio el tipo decora laboriosamente sus yugos, los pértigos y ruedas de las carretas, como no hay otros. El propietario no se distingue en nada del "peón", ni en el vestido, ni en las palabras, ni en sus costumbres. Aquí y allá se encuentra el mismo corral, el mismo patio de tierra, la misma empalizada, la misma casa oscura que nunca abriga de día a la familia.

(6) Especialmente W. E. Curtis, G. Bovallius, V. Belly, Anthony Trollope, Wagner y Scherzer, J. L. Stephens, J. Hale, Dr. Sapper, A. Tonduz, Bullow, Kortze, Streber y Delius, H. Pitter, Juan F. Ferraz, W. M. Gabb, Thiel, R. Glasgow, Dunlop, Wilhelm, Marr, E. G. Squier, F. S. Astaburuaga, T. F. Meagher y sobre todo Pablo Biolley.

El notable, que aquí no es un cacique, sino un gamonal, llamado así porque posee tierras de mediocre valor, donde crece asfodelo (gamón), es un personaje muy pintoresco que a menudo ha llamado la atención de la literatura "costumbrista", corriente ligada a las costumbres locales en las letras hispanoamericanas. Es un hombre de estatura media, a menudo de cierta edad, con obesidad exagerada y voluntaria, que explica *con más gusto* como consecuencia de enfermedades que por su buen comer. Lleva saco vistoso, cuello de terciopelo, pantalón ancho con bolsas de piqué, camisa limpia y brillante, pañuelo con flores alegres anudado negligentemente en la garganta, sombrero de "pita" de origen chileno, es decir, grande y en forma de barco, zapato de piel con las suelas chillonas. Los bolsillos están, evidentemente, repletos de abundantes rollos de billetes y nuestro hombre lleva anteojos y se protege con un pañuelo de chinchilla cuando entra en la iglesia. Pero esta apariencia esconde un hombre muy cercano a los conchos, que despliega su originalidad sólo el domingo; de ningún modo explotador, y que no ha llegado a ser lo que es sino a fuerza de veinte años de trabajo.

La vida laboriosa del "bracero" le da la tenacidad, una naturaleza resistente y robusta, una firmeza muscular que aúna la alegría al vigor; está tan habituado al dolor que es de un temple casi heroico. La pobreza, la enfermedad, la alimentación ruda, las grandes incomodidades soportadas en el curso de sus viajes para encontrar trabajo, todos esos hechos constituyen su penoso patrimonio que le vuelve invulnerable a la desesperación. Un conocimiento muy firme de la doctrina cristiana del dolor le hace soportar el suyo con una actitud, con un silencio cuando sufre, que asombra. Más aún, en la vida diaria esa calma es ampliamente superada por un aspecto de alegría que destacan todos los viajeros. A ello añade un cierto culto del conformismo tradicional; es una costumbre bien establecida la de hacer nacer a sus hijos y morir uno mismo sobre el terreno de su familia. Su silencio en la desgracia, su amplia tolerancia para aquellos que no son de su hogar, con tal que no vayan contra las costumbres de su familia, dan muy pronto la impresión de que es indiferente, mientras que, de hecho, sabe la medida de sus propias fuerzas y se abstiene de ir más allá, ya se trate del dominio del vecino o del de Dios.

El trabajo agrícola da al concho un profundo sentimiento de la vida, que identifica con la naturaleza; está sumergido en su paisaje y no aprecia las bellezas tropicales de regiones vecinas menos templadas; su estética está determinada por su terruño y cuando ha tenido la ocasión de viajar, siempre vuelve, exactamente a como centra siempre sobre el cubo los radiantes decorados que ilustran su carreta y procuran el encanto de sus ruedas. La Meseta es la región que evoca sus recuerdos y los intelectuales costarricenses ven en sus lomas como "el término del proceso de su ideación" (7). Hay en esto un matiz de afecto que subraya el valor del sentimiento en este pequeño pueblo. Dejamos a otros el trabajo de establecer un lazo entre las reacciones españolas clásicas y las de estos descendientes de gallegos, catalanes y andaluces, las tres regiones que más contribuyeron a poblar Costa Rica.

Agrupados, los trabajadores de la vecindad se reúnen para hacer frente a sus dificultades comunes en un lugar donde se encuentra en los ratos de descanso. La "pulpería", es decir, la tienda de campo donde se vende especias y bebidas, viene a ser el centro donde convergen jóvenes y viejos, la chiquillería y gran parte de la población femenina. A ella se llegan en son de comprar el cigarro o de beber un trago. La simple conversación a menudo se acompaña de canciones, música de guitarras, que son un aliciente poderoso que atrae y hace olvidar todo. Abordamos así el capítulo de las *diversiones*.

El interior de esta especie de albergue popular en que se convierte la pulpería, es sencillo: en un espacio cerrado se exhiben los objetos en venta en la tienda, ferretería y abarrotes. Frente a las urnas hay bancas de madera en que se sientan

(7) *Luis Barahona*, op. cit. p. 28.

con gusto los clientes; los escaparates están atestados de sacos, escobas, ropa hecha y ollas, que incitan a los bolsillos más empedernidos; la presencia de una línea de botellas indica el lugar separado en que se venden los licores. No hay más decoración que los flecos de largas varas de chorizo y los artículos de talabartería y zapatería puestos al lado del arroz, los salmones y las sardinas. Es ahí donde el tipo de narrador "tico" suele aparecer con bastante frecuencia en ambiente de cordialidad y a veces de entusiasmo, tan diferente del que se observa habitualmente en su domicilio. Algunas pulperías son, por otra parte, célebres en el folklore costarricense, como la de Santa María de Dota. Las tres cuartas partes de los cuentos populares tienen por escenario un marco semejante, oscuro y sin embargo alegre.

Pintorescas generaciones de charlatanes y de seductores han reinado ahí con sus *guasas* y esa forma burlesca de narración que se llama "choteo", que el Prof. Carlos Monge A. define así: "Una actitud de burla que todo lo deshace, que todo lo desintegra convirtiéndolo en nada. El choteo es un no hacer caso, tomar las cosas sin seriedad, sin penetrar en su esencia para evitar responsabilidades de criterio. Como es una posición hasta cierto punto agresiva que encierra desconfianza, y como es actitud constante frente a la vida, más perjudica que beneficia" (8). De hecho, el choteo es una actitud típica de los blancos, en América Latina; se lo encuentra en casi todos nuestros viajeros franceses que tuvieron contacto con ese Continente en el siglo pasado, con sus charlas escépticas cuyos rastacueros venezolanos no habían guardado, en buen criollo, sino la jactancia sin fondo de verdad, como medio de ascender.

"La pulpería, —escribe por su parte Luis Barahona (9),— si a ratos proporciona solaz y entretenimiento al hombre de campo, es en cambio del dinero que de él recibe y de buena parte de prostitución del alma, degradándole por la vulgaridad y desfachatez que allí imperan, por más que la animen el donaire chispeante, el ingenio vivo y la fantasía exuberante de nuestro pueblo, tan lastimosamente extraviado por la radio, el licor y los modelos de inmoralidad que a diario le llueven de la propaganda comercial, política y antirreligiosa que trae de la ciudad hasta en el polvo de sus zapatos".

De la pulpería salen organizados los bailes, y en muchos casos, iniciado el "jaleo", especie de "flirt tico" cuyas maneras provienen de la ciudad.

Otra actividad dominical es el encuentro de clubes de pueblos vecinos, que juegan *balompié*, especie de football, que permite, más que vencer a un contrario, ridiculizarlo por medio de iniciativas muy personales y no practicando casi nunca un verdadero juego de equipo. El balompié es un licor frenético, asegura Barahona, licor del que todo el mundo se embriaga como si se tratara de una corrida. El artista del balón debe, ante todo, brillar personalmente, cuando no descalificar a sus adversarios a los ojos del público y, si la suerte le es adversa ¡no vacilar en perder descaradamente toda dignidad! Pero eso es una excepción momentánea; una vez terminado el juego, la alegría de siempre gana de nuevo ventaja como una especie de travesura cristiana, que hacía escribir a Mons. Olgíatti, que para un costarricense la vida es un Pater Noster recitado por la alegría natural de la actividad cotidiana (10).

Cualquiera que, por prevención hacia la religión católica, menosprecie este hecho, comprenderá mal la alegría local. Otra explicación deformaría la jovialidad de las zarabandas y juegos de la calle. Cada vez que los ticos oyen las destempladas notas de la orquesta "Del maestro Goyo y de Ñor Aniceto Cerdas", sale a relucir lo del "guaro" y la "mistela" (11), indispensables para dar el tono. Y cada paso se acompaña de "un rosario de verbos".

(8) *Geografía Social y Humana de Costa Rica*, p. 25.

(9) *El Gran Incógnito*, p. 39.

(10) *Silabarios del Cristianismo*.

(11) *El Gran Incógnito*, p. 47.

"En todas nuestras fiestas, —reconocía ciertamente Angela Baldares (12),— para que sea grande el "regocijo", parece que no debe faltar jamás el licor; lo mismo en la reunión de duelo que en los festejos de una boda". Así se ve la influencia india en la sobrevivencia de esas borracheras colectivas de una semana de duración, que sacuden de tiempo en tiempo a los plácidos mayas o incas. Estas "semanas santas" indias, no han podido más que ser adaptadas por la Iglesia, con títulos patronales diversos, para controlarlas mejor. Joaquín García Monge describe así en *Las Hijas del Campo* uno de esos regocijos: "Descolgada la noche, las muchedumbres de media legua a la redonda se alejan de sus solares y acuden a coger la misa del gallo, que habrá de celebrarse en la Parroquia de la villa. Antes de la ceremonia se apiñan dentro y fuera del templo, en el atrio de éste, al pie de los higueros que circundan la Plaza, en los pretiles de las casas o en las banquetas de las tiendas", la fiesta se prosigue y concluye con esta nota. "Flotan por el aire vapores nauseabundos, avinagradas expresiones, y ante un puñado de ebrios, una niña frunce los labios, cierra los ojos y se niega a probar el guaro, aunque se enojen sus parientes", etc... Después de notar su aislamiento individual, esa capacidad de saturnal colectiva es un rasgo que es más sorprendente en los costarricenses que en sus vecinos, que se conservan más ampliamente amerindios.

* *
* *

Los antepasados de la actual generación costarricense se reunían regularmente alrededor de los que entre ellos sabían leer y se esforzaban por explicar con éxito los fundamentos de su fe; así aún en las chozas lejanas se ven los volúmenes de la Biblia en cuero rugoso. Pero, ¿cuál es la *vida religiosa* del "concho"?

Antes de citar a un escritor de Cartago, Mario Sancho, recordemos primero que, en esta especie de Arcadia dichosa de otro tiempo, las principales familias de Cartago hasta más o menos 1930 eran (y todos los costarricenses lo recuerdan de buena gana) no solamente de origen noble español, sino también por su conducta, sus trajes austeros y su dinero, y por su educación cristiana refinada, los verdaderos educadores cristianos del pueblo. Hasta en sus comunidades rurales, el país está impregnado no sólo del casticismo que Unamuno denunciaba como la grandeza y la vanidad de la Castilla de Sta. Teresa de Avila, sino también de la manera, provincial en cierta manera, de la cual esta ciudad ha prolongado e interpretado el mensaje del catolicismo español del siglo de Oro. "No creamos, —escribe Mario Sancho (13)— habernos dejado llevar del encanto que presta a las cosas la lejanía, cuando aseguramos que la hombría de bien del costarricense chapado a la antigua, está llena de prejuicios. No es un invento de costumbristas y poetas del tiempo pasado, sino un hecho real. Es lógico que así fuera: la sencillez de costumbres, la modestia pública, la conformidad cristiana que informaba la conducta de la gente de antes, han contribuido a hacer de la existencia, si bien dura en el sentido de la comodidad que ahora disfrutamos, algo menos exigente, menos difícil y menos costoso". Y Monseñor Víctor Manuel Sanabria Martínez que había dejado orientada su actividad en la diócesis de Alajuela contra "la muy lamentable ignorancia religiosa del ambiente", debía declarar al tomar posesión de la Sede Metropolitana de San José: "Somos un pueblo de sentimientos religiosos de tradicional arraigo pero, digámoslo con apostólica sinceridad, por mucho que nos duela y humille esta confesión, nuestra religiosidad es débil, porque es de naturaleza bastante superficial"; "tendemos demasiado, —decía el 10 de Febrero de 1943,— a vestir nuestro juicio sobre nosotros mismos con el ropaje de católico, denominación con la cual buscamos generalmente distinguir

(12) *Estudio sobre Aquileo J. Echeverría*, Anales del Ateneo de Costa Rica, 1914, 3^o année, N^o 1.

(13) *Costa Rica, Suiza Centroamericana*, p. 7.

nuestra nación con atributo absoluto". Se ve que los mentores de este pequeño pueblo no pecan de inconscientes de sus lagunas, las cuales provienen, por otra parte, de una herencia con el mérito de mantenerse en el curso de varios siglos en un aislamiento poco favorable al progreso.

Se estima que esta "sonora ignorancia religiosa" proviene, por una parte del utilitarismo pedagógico y por otra de la falta de ideales constructivos para la vida popular y de la usura insaciable de los comerciantes. "En materia de negocios, —asegura en efecto Salvador Mendieta,— nuestro campesino es astuto, desconfiado y hábil, siempre presto a rendir homenaje a la más perfecta de las fes púnicas" (14). Tanto como la ciudad de ayer (Cartago) tenía una influencia moralizadora y tonificante sobre el concho, tanto la atracción urbana de hoy (sobre todo la de San José), agrieta el muro de costumbres al cual él se aferra. Y José Marín Cañas evoca en su *Pedro Arnáez* las múltiples ocasiones de invocar el nombre de Dios que han desaparecido: bandidos de grandes caminos, sorpresa para los coyotes. Los sermones del cura párroco no pueden reflejar ya las mismas angustias, aún cuando la celebración de los misterios del Santo Patrono atraiga una asistencia igualmente asidua; las mujeres van más temprano a las ceremonias "para coger lugar", lo que, después de todo, no está alejado de la vanidad de las jóvenes americanas que "toman fecha" para imponerse.

Sin embargo, el campesino guarda un respeto muy especial por el edificio religioso, lo que lo distingue del ciudadano; guarda inalterable su virtud fundamental de la humildad, lo que muy a menudo lo hace conformista, puesto que "él ve el mal sin remedio". Guarda muchos tabús, talismanes y supersticiones de su antiguo medio indio, desde la "flor de ruda" que permite poseer riquezas, como cuenta Fabián Dobles en *Jesús Miranda*, hasta esos perros de agua "ahuizotes", usados por los cazadores para neutralizar los efectos desfavorables de la "piedra de venado", sin hablar de los numerosos fantasmas, atribuidos a los bejucos silvestres, que asombraban ya a Wilhem Marr en el siglo pasado. "La perversión de la idea religiosa, la degeneración de su cristianismo en esta selva de torcidas prácticas de creencias semipaganas, —estima Barahona,— es lamentable sobremanera". Así, la fe se interroga mucho sobre el poder del diablo, cuya acción ve sólo en el detalle, así como la devoción se dedica sobre todo a "Sta. Teresita, Sta. Elena y San Judas Tadeo". Y sin embargo en ese país rural que la civilización cosmopolita ha tocado poco, la escasez de párrocos comienza a hacerse sentir, puesto que quizá mucho tiempo las homilias pomposas, hasta lujuriosas, siguiendo el temperamento propio de los intelectuales costarricenses, llegaron a ser un género demasiado noble para los oyentes campesinos, que tenían prisa y no la misma educación bíblica rural de antaño.

Cualesquiera que sean las manifestaciones exteriores de la vida, el *hogar*, desde el punto de vista de su formación, es el que ocupa el lugar más importante; y por hogar nosotros entendemos la actividad alrededor del verdadero fuego, centro de la cocina. Esta cocina comprende sobre todo, una especie de mesa hecha de barro y piedras, alta como de un metro, donde reposan la cafetera, el "comal", especie de parrilla para asar las tortillas. El fogón está unido generalmente al horno para asar pan y galletas; en otra pared del fogón, se encuentra el "moledero"; hecho de una tabla larga y gruesa sostenida sobre fuertes leños de madera, ahí se muele el maíz sobre una piedra pulida, se preparan las verduras y la carne y ahí se sirve el almuerzo. Los platos, los cubiertos, las tazas y los recipientes son guardados muy limpios en un armario rústico; las ollas cuelgan de los clavos lo mismo que el "chorreador", aparato de madera en el cual, por una abertura circular protegida por una franela, se chorrea el café molido y el agua hirviendo; hay también sartas de ajos y cebollas, así como el molinillo de cacao, del cual se hace gran uso. Tal es la encrucijada de las "proyecciones espirituales familiares", como afirma Barahona. En efecto,

(14) *La Enfermedad de Centro América*, p. 42.

entre esas cuatro paredes se forja el carácter de los hijos, se unifica el parentesco, echa raíces el gran árbol de las tradiciones familiares, se viven los ratos de angustia o de alegría, se afirma la pobreza o el bienestar de la casa. Al calor de los tizones, como en épocas pasadas de la civilización, se agrupan nietos y abuelos unidos bajo el símbolo sagrado del fuego. Todo puede faltar en la casa, pero la llama consoladora de los afligidos, el calor de la leña y el bullir de agua en la cafetera, no pueden faltar. "Si pasamos al análisis de nuestro tipo de familia, debemos tomar como base las formas de organización familiar anotadas por Le Play, —escribe Luis Barahona— (15): nuestra familia es una forma evolucionada del tipo patriarcal (familia-hacienda) con caracteres inestables".

Los hijos, llegados a la edad madura, se separan de sus padres para fundar una familia o simplemente para vivir por cuenta propia. Pero esta separación no es completa, pues, por lo general, se establecen en las mismas localidades que sus padres; difusa físicamente, la unidad patriarcal se mantiene: los hijos viven cerca de las vicisitudes y el nuevo hogar inicia su aprendizaje bajo los cuidados y consejos de los mayores. El patrimonio, cuando existe, no se da en concepto de dote. Ningún hogar toma una iniciativa sin la aprobación de los padres. "A los padres y madres no les gusta, en efecto, que sus hijos e hijas, aunque casados, se retiren de su lado, y de este modo tienen el más vivo empeño en que continúen cerquita de la fogata paterna y les ayudan en todo para que construyan sus pobres barracas, críen sus ganados o cultiven los lotes que les asignan. De ahí que sea nada escaso entre nosotros el tipo, genuinamente centroamericano si los hay del "hijo atenido"; entiéndese por tal el hombrón hecho y derecho, haragán como un "garrobo" etc." (16).

A la par de la cocina, el dormitorio, llamado "aposento", es muy oscuro, poco ventilado, con una sola puerta que comunica con la cocina, una ventanilla donde pasa un tenue rayo de sol (pero está ordinariamente caliente): su aire fétido sorprende al visitante, que sabe que toda la familia duerme ahí: "Es un hecho incontrovertible que en la mayoría de nuestros hogares —escribe Salvador Mendieta,— se le tiene verdadero horror al aire y a la luz. Cuando alguien enferma, aunque sea de indigestión, lo primero que se hace es cerrar cuidadosamente puertas y ventanas, llevando su esmero algunas madres de familia, hasta el extremo de cubrir con trapos los agujeros de cerraduras y rendijas de visagras". (17).

Si la dilatación del alma, habitual al tico, es un efecto de su alegría cotidiana, estas medidas deprimentes contribuyen mucho a intensificar la tristeza y la fatalidad de que están impregnados sus momentos de desequilibrio.

Del hogar provienen los primeros aportes culturales que recibe el hombre antes de participar en la vida social. A decir verdad, en el espíritu de los padres no entra casi, que ellos tengan que cumplir una misión concreta en ese campo. "Es muy frecuente, —dice Salvador Mendieta,— al reprender al hijo o hija por cualquier falta, que el padre, especialmente la madre, le digan antes o después del regaño: —¿Es esa la educación que te dan en la escuela? A juicio de ambos es el maestro quien debe educar a los hijos en todo y por todo. A los padres, si acaso, les toca alimentarlos" (18). La persona que tiene mayor influjo sobre el desarrollo intelectual del niño es, sin embargo, la madre, sobre todo por las respuestas que da a las preguntas de los hijos, generalmente despiertos, porque son muy observadores y viven en contacto con la naturaleza. Pero esta influencia choca a veces con la ignorancia de un padre menos cultivado, a causa de su trabajo, y, como dice Carlos Monge, "el padre es el jefe infalible de la familia a quien obedecen los hijos sin razonar. Lo temen y lo respetan por su autoridad y por su fuerza". No se puede

(15) *El Gran Incógnito*, p. 81.

(16) *La Enfermedad de Centro América*, p. 42.

(17) op. cit. 29 et 30.

(18) op. cit. 64.

decir que sea en el campo de la distinción ni del juicio que esta autoridad se ejerce, salvo en materia profesional. Es cuando el adolescente toma gusto a los perfumes y olores fuertes, a las músicas sonoras, y habitualmente perderá sus capacidades olfativas y auditivas hasta ahora respetadas. Por otra parte, los hijos del campesino, a causa de su pobreza, no tienen juguetes de valor, siendo el más frecuente una carretita tirada por bueyes que ellos halan con un palo.

Resumiendo las observaciones anteriores sobre el desarrollo del sentimiento y de la inteligencia de los niños ticos en el hogar, podemos escribir con Luis Barahona: "Nuestro niño concho tiene claridad en sus percepciones e ideas y, de un modo especial, en las percepciones visuales. La naturaleza que le rodea es su maestra única en muchas cosas, por eso las percepciones que tiene del mundo que se abre a sus sentidos le dan la ventaja de compenetrarse con él, de sentirse unido íntimamente a él, de gozar de sus bellezas virginales y de construir el edificio reflexivo con elementos tan espontáneos y precisos que le llevan rápidamente a lo general y abstracto, como puede verse en las ideas sobre ciertos fenómenos naturales adquiridas desde muy temprano por la mentalidad infantil. Pero debe notarse que este niño, que no ve sino los escasos objetos que integran el ajuar de sus casas, que siempre oye hablar de las mismas cosas, que tiene ante sus ojos el mismo invariable espectáculo, que vive sumido en medio de la monotonía indígena, se siente dominado por ella y cuando ha devorado hasta la saciedad el contenido de este pequeño mundo, cesa en su trabajo de investigación y deja sus conocimientos a la altura insignificante a que le ha permitido llegar el número de realidades ambientales" (19).

Sin duda, cada día impresiones más grandes modifican esta manera de ver y ser, que data de varios siglos. Pero el cerco de costumbres, incluso las más discutibles, sobreviven. "Un fenómeno muy singular de Costa Rica es la importancia que tienen los abogados en la vida del labriego, —escribe Carlos Monge (20)—. Efectúa constantes viajes a la ciudad, largas esperas en los bufetes de sus defensores y el verdadero heredero es el abogado. A menudo las disputas no terminan con el fallo de los jueces; siguen en el pueblo, con intrigas, ofensas, desafíos que muchas veces se eternizan entre familias, de generación en generación". Pobre, al borde de la miseria, el hogar del costarricense representa todo lo contrario de una mezquina aventura.

* *
* *

Desde 1828 el Ayuntamiento de Ujarrás preveía la escuela obligatoria para todos, muchachos y muchachas, y actualmente C. R. no cuenta sino con el 18% de analfabetos de más de 15 años, y más del 21% del presupuesto está destinado a la educación nacional. También cuenta con una escuela por cada 800 habitantes, 130.000 alumnos sobre un millón de habitantes, 35 colegios con 24.000 liceístas y dos Universidades en San José, la Universidad Nacional y la creada recientemente por los Jesuitas (d). Algunos rasgos muestran la fisonomía de la *cultura intelectual y artística* del hombre de la Meseta.

En la escuela el niño es buen compañero, obediente, ordenado, limpio, cortés, enemigo de la mentira, puntual y honrado: se puede decir que no se encuentra tal base en toda la América Latina, aun blanca, salvo en los medios urbanos de Bogotá y Lima. Es de notar que para esos escolares campesinos los programas primarios no prevén cursos de música, de dibujo o de trabajos manuales. Por el contrario, dan bastante amplitud a la educación económica y agrícola, pero demasiado libresca,

(19) *El Gran Incógnito*, p. 103.

(20) *Geografía Social y Humana de Costa Rica*, p. 29.

d).—Anunciada en un momento, no ha sido organizada. — N. de R.

aunque sea enmendada desde hace una veintena de años por la Caja de Ahorros, infinitamente más práctica, para proseguir en el ángulo agrario los estudios primarios. Los problemas de higiene de los cuales sufre muy claramente el país, son firmemente expuestos y es por esta vía solamente que parece que los trabajos manuales prácticos comienzan a ser introducidos en la enseñanza de ese pueblo industrial. La escuela de antaño hacía mucho uso de la memoria y hasta el final del siglo XIX el joven tico se encontraba con toda naturalidad en las grandes líneas de la tradición española, proviniera de Galicia, de las Filipinas o de la Plata, como en su mundo particular, mientras que ignoraba el mundo en tanto que no pasaba a los estudios secundarios. Queda de este método una propensión bastante fuerte a la historia y a la geografía que contrasta con los países vecinos; desde 1900 Francia se unió a España, y a América Latina entre las nociones comparativas enfrentadas a sus conocimientos costarricenses, y desde hace poco los Estados Unidos y Europa, mientras que en América Latina se limitan al mediterráneo americano. El programa de ciencias naturales está generalmente más allá de los conocimientos que el escolar adquiere por su propia experiencia. Contra el analfabetismo, es un sistema fonético del español el que ha prevalecido, pues el alumno tiene poca posibilidad de leer en su casa. Desde un principio la enseñanza recibida en la casa da una clara idea del "costarriqueñismo"; ¿No decía Joaquín Bernardo Calvo, desde 1845 que "la base principal de la prosperidad de los pueblos reposa esencialmente en su ilustración?". Por el contrario, en matemáticas, se limita verdaderamente a las cuatro operaciones. Naturalmente bastante "positiva", la psicología del adolescente tico casi no lleva hacia los problemas fundamentales del espíritu y, aún siendo filósofo, apenas si tiene algunas referencias experimentales o particulares, olvidadizo como es de las ideas - madres.

Pero el hijo del concho no alcanza, sino excepcionalmente, el bachillerato, con mayor razón los estudios superiores. Es en este caso cuando se revela; el desligarse del campesinado o, mejor dicho, del peso, tan especializado en su caso, de su universo de haciendas, tarea larga, le facilita en una segunda etapa el acceso a la cultura y a otro mundo. Pero no pierde sus cualidades prácticas, y es así como este país, dividido entre las influencias literarias de Méjico y Bogotá, hace venir misiones chilenas más técnicas, para integrar su equipo pedagógico. Aún después de tres siglos de ruptura práctica, renace en este intelectual el atavismo realista de sus antepasados catalanes o gallegos. Las notas de la Decana Emma Gamboa sobre la reforma de la instrucción primaria son notables desde este punto de vista, no menos que las del Prof. Carlos Monge Alfaro sobre la secundaria como "educación vocacional". El papel de la pedagogía suiza representado por Schonau, Biolley, Pittier, Tonduz, Rudín y Michaud no ha sido, por otra parte, inferior en las humanidades al de los chilenos.

La transformación actual de la Universidad de San José la acerca a las mejor organizadas de la América Latina. Tanto como una élite, forzosamente limitada como la de Costa Rica, lo permite, una tradición científica se da por ejemplo en el dominio médico, desde Esteban Corti a fines del siglo XVIII y en farmacia (el país tiene infinidad de hierbas utilizables) desde Fermín Meza en 1849 con, notémoslo, mujeres médicos desde 1912.

Muy rara vez el concho arregla con arte su jardín, pero pinta con mucho gusto todo lo que forma el cuadro de su ambiente familiar —patio sembrado de maíz, campos de frijoles o de café— en acuarelas de transparencia admirable como el aire de la Meseta. Al menos tal ha sido el descubrimiento de las exposiciones de pintura organizadas desde 1942 por la Escuela de Bellas Artes de San José. Ha habido evidentemente, casos más notables como el del escultor Juan Mora González, nacido en 1860, prototipo del artista concho. Su talla en madera era excepcional, aún comparándole a los grandes artistas latinoamericanos del tiempo de la Colonia.

Uno encuentra representadas también las artes decorativas, especialmente en la pintura de carretas, tan peculiar de la Meseta y de origen discutido. Sobre los table-

ros y las ruedas de esas carretas se puede apreciar la más variada combinación de colores, figuras geométricas, flores y hojas; el yugo está pintado con los mismos motivos populares.

Especial impresión folklórica da el ver, en una calle empedrada, los colores de las ruedas de una carreta tirada por bueyes, cantar a la luz. Por el contrario, el tico de la Meseta no canta: los bailes y la música popular de Costa Rica provienen de los pastores de la provincia cálida y septentrional del Guanacaste, vecina de Nicaragua, donde un mayor aislamiento ha hecho prevalecer los valores auditivos. "Costa Rica, —dice Carlos Monge A.,— comprende dos tipos muy diferentes: el de Cartago y el de los Guanacastecos" (21), estos últimos más mestizos, aunque menos numerosos, atrasados y un poco al margen de los centros vitales del país.

Toda una tradición de relatos populares evoca La Tulvieja, El Ciego y la Carreta sin Bueyes, La Llorona, El Padre sin Cabeza y el Viejo de la Montaña, aventuras a las cuales la vida ordinaria del tico sirve de marco.

Se les encuentra de nuevo en las novelas de escritores modernos: *Cuentos de Costa Rica* de Víctor Lizano Hernández, *Cuentos de las angustias y de los paisajes, mi tía Panchita* de Carmen Lyra, *Cuentos Guanacastecos* de María Noguera, *Leyendas* de Carlos Salazar. ¡Un ex-embajador de Costa Rica en París, el Sr. León Pacheco, pudo escribir todo un estudio sobre la "cajuelera", referente al espíritu del peón, ligado al cultivo del café, en la literatura costarricense! Las relaciones del campo con la ciudad (*Las Hijas del Campo*, de García Monge y los *Cuentos de Magón* que describen San José) o hasta los alrededores (*Concherías* de Aquileo Echeverría, que describe los alrededores de Heredia) representan, por lo demás, un tema esencial, tanto priva el fenómeno rural en el alma costarricense. Incluso la cortesía más exquisita (las grandes familias de Cartago admitieron siempre a sus sirvientes en su intimidad con igualdad) no puede olvidar en ese país el factor terruño del cual ella procede.

* *
* *

Los sociólogos costarricenses insisten mucho sobre el "individualismo" de su pueblo y el último entre ellos, cronológicamente, Eugenio Rodríguez Vega, en su clara exposición *Apuntes para una sociología costarricense*, aparecida en 1953, parte de esta noción para explicar la conducta de esta simpática Nación. ¿Cuál es el origen de este individualismo?

En primer lugar, la pobreza sufrida en común durante toda la Colonia. "Esta tierra está separada de todo el comercio de vuestro reino", escribe ya en 1649 el Gobernador Chaves y Mendoza al Rey de España, y Tomás Soley pudo recoger una información dada en Madrid en 1632 que declara: "En Costa Rica no hay explotación de minas de ninguna clase de metal, ni lavaderos de oro, ni producción de añil, ni ingenios de azúcar; los habitantes cultivan solamente el maíz y el trigo y no tienen moneda", es decir nada del espíritu clásico de la colonización española. En 1665, Cartago se queja en vano de la "gran pobreza que sufre" y el cura de Heredia, Juan Manuel del Corral, escribe a su obispo que reside en Nicaragua, en 1782: "No se encuentra en este valle ni casa ni familia que tenga mantilla para las mujeres, capa para los hombres, ni vestido decente para presentarse con alguna decencia en esta ciudad". Salida de la nada, Costa Rica se ha hecho sola.

De lo dicho resultó una nivelación de base que reforzó el individualismo. La pobreza impuesta a todos, fuente lejana de la democracia agraria del país, forzó a cada uno a sacar de sí mismo el máximum, hasta que vino el fortalecimiento de

(21) op. cit., p. 60.

la economía con la aparición del café (antes servían de moneda los granos de cacao), cuyo cultivo fue fomentado por Braulio Carrillo hacia 1842. El aislamiento, hasta esta fecha, de la población de la Meseta, en sus valles del Guarco y del Virilla, y sus lugares altos, urbanos (Cartago a 1439 m., San José a 1160, Heredia a 1150 y Alajuela a 936) ha hecho lo demás.

Las consecuencias de este individualismo surgido de los elementos, por así decirlo, son múltiples. Un pueblo tímido, tal es la característica dominante. Tímido porque durante su gran siglo de colonización de la montaña, el siglo XVIII, no tuvo ocasión de hacer ninguna confrontación y esta victoria, conseguida en condiciones de pobreza, le dejó huellas para siempre. "La timidez, —dice Eugenio Rodríguez Vega,— hace a los costarricenses huraños, introvertidos, individualistas y sin grandes facultades para la vida social" (22). Se es, aún en la ciudad, muy afable con el extranjero que pasa, pero es casi imposible llegar a estrechar relaciones y se considera la duración del "Centro de Estudios de los Problemas Nacionales", que ha forzado a los costarricenses a encontrarse, como un milagro. La tristeza del "choteo", especie de sanción satírica, el carnaval sin verdadera animación, la tristeza colectiva bajo una aparente alegría familiar, son otros tantos síntomas.

La ausencia de arte popular es otra consecuencia: ¿no dicen los sociólogos que el arte es una función mental colectiva? ¿Por qué Costa Rica no tiene casi bailes regionales ni música popular vigorosa? Es que se mantiene encerrada en cuestiones personales muy altas y lejanas como un sueño, ignorante, por el hecho de su independencia interfamiliar, de la férula de los caciques que en el mismo aislamiento dio un alma común a los "ayllus" indios de los Incas del Perú. La excepción del Guanacaste, no incorporado a Costa Rica sino en el siglo XIX, que conoció una vida comunal a causa de un largo bandolerismo, constituye para los sociólogos de ese país una especie de corroboración. En la pulpería el concho oye todos los aires que la radio vulgariza y apenas si los tararea después, al reanudar su camino; por otra parte, son aquellas de tema trágico las que parece preferir. La broma, la ironía, los efectos socarrones reemplazan, parece, ese vacío musical, único en América Latina.

La historia de nuestra política, continúa Rodríguez Vega, es la crónica del individualismo: Carrillo, Guardia, Iglesias, Jiménez, Oreamuno, Cortés y el Presidente Figueres, el famoso don Pepe, han sido, aunque en un país pequeño, personalidades destacadas, conductores de hombres. Los partidos lo son de hombres, no de ideas. Menos que una sucesión de actos de voluntad, la historia costarricense, desde la independencia, es una serie de emociones en provecho del "individualismo representativo", ya se trate de Iglesias, típico caudillo, o de Ricardo Jiménez el más fiel servidor de la democracia formal. La seguridad en la certeza de sus convicciones, la conciencia de su propio valor, la vanidad de sus actos, se encuentran en todos ellos.

En fin, la reacción popular a toda organización social nueva hace culminar las consecuencias del individualismo tico. Basta consultar las estadísticas: ¡de 372 sindicatos inscritos de 1943 a 1951 hubo 163 disueltos, 91% por incapacidad legal de llenar sus objetivos sociales y económicos, 9% por disolución voluntaria; igualmente de 39 cooperativas inscritas, 22 se han disuelto! Aún mediante la educación, no se ve como podría cambiar ese factor pues, al ser un pueblo perseverante y obstinado, es necesaria una obsesión igual de sus educadores para hacer labor educativa.

La falta de espíritu de empresa es uno de los rasgos mayores de la psicología del tico. "En C. R., —escribía Wilhelm Marr en 1852,— el cáncer social consiste en una codicia mezquina y en la falta de auténtico espíritu de especulación" (23). De su victoria sobre el terruño el habitante ha sacado una tradición tan exigente que lo retrasa sin cesar en sus adaptaciones necesarias y lo encierra en el pasado.

(22) *Apuntes para una sociología costarricense*, p. 28.

(23) *Viaje a Centro América, en Costa Rica en el siglo XIX*, p. 153, ed. Gutemberg, 1919.

Mientras que el latinoamericano, que despreciaba la plata como buen castellano, se dejó seducir por el tesoro de los Incas y por el sentido comercial de los norteamericanos, que imita muy bien, el costarricense, permaneciendo lo que era, ha llegado a ser el americano más alejado de la mentalidad de los "yankees".

Pero gana en la cortesía y suavidad de carácter. Su país y su vida están a su medida; le gusta tener un carácter mesurado y todas las clases sociales han adoptado esta moneda de la cordialidad, de la solicitud mutua, a medio camino de la libertad sin consideración y de la protección inútil. Pueblo conservador sin prejuicio sobre lo que no entra en su visión, pueblo sin emoción visible, tal pues aparece a los ojos de los observadores desde hace un siglo. Para agregar una idea nueva, el tico exige que se le presente con la misma solicitud que él manifiesta hacia su huésped: la manera como este endurecido vástago de Castilla ha aceptado de una vez las ideas de 1789 muestra bastante que sus prejuicios son, de hecho, muy limitados. Comparado con sus vecinos, el costarricense es falto de colorido: tiene sus ideas, sus manías, su manera propia de entender las cosas y de reaccionar a su contacto, pero no manifiesta claramente sus preferencias o sus aversiones, viviendo en el fondo de sí mismo, concentrado, desconfiado y sarcástico. "Si revisamos la historia de nuestro país, —escribe Mario Sancho (24),— vemos que el costarricense no ha experimentado jamás otra emoción más que la religiosa". "El pueblo de Costa Rica es el más tolerante que yo conozco en materia de religión", afirma un observador alemán, Wilhelm Marr (25), "no se siente en él ni entusiasmo ni favor para o contra el clero,—agrega Anthony Trollope:—el libre pensamiento no es más pecado nacional que el fanatismo" (26). El partido laico que se ha desarrollado desde 1893, tiende mucho más al laicismo urbano de los antiguos consulados de las ciudades del Mediodía medieval que a una oposición a la religión: es solamente la manifestación de un gran respeto hacia el poder civil, la aplicación al clero de la fórmula latina "Cedant arma togae". "Trabajar en sus propias tierras cuando trabaja, ser su propio dueño, arreglar sus propias cosechas, por pequeñas que sean, sentirse en su propio emparado, por pequeña que sea su sombra", tal era ya el sentido de la libertad que Trollope, hace un siglo, encontraba en la Meseta. (27).

* * *

La influencia de la organización económica rural tiene también su lugar en la explicación del carácter costarricense, así como el problema de las generaciones que se abre en ese país desde hace ciento cincuenta años. Falto de capitales, recordémoslo, la fórmula agraria de la hacienda representa el balance de una larga y heroica victoria sobre las fuerzas de la naturaleza y la rudeza primitiva del país. Y no obstante, cuál era su sencillez en 1826 cuando John Hale escribía: "Las gentes admiran los artículos llegados del extranjero como maravillas; la agricultura y la horticultura tienen más de un siglo de retraso respecto a Europa y los Estados Unidos; todos los instrumentos son de madera". Las voces de los primeros escritores costarricenses, del tiempo de la Colonia, Villalta, Vázquez y Téllez, Haya y Fernández y Florencio del Castillo están por otra parte, llenas de una especie de contrariedad. La organización de la propiedad sobre la base de "microfundia" es el punto culminante de esta acción estrictamente autóctona: los primeros contactos con el extranjero, de 1780 a 1830, imponen agrupamientos en haciendas de propietarios terratenientes, de los cuales los gamonales no son más que los mezquinos descendientes. Esos terratenientes efectúan un rudo trabajo para conseguir entregar los productos en condiciones

(24) *Costa Rica. Suiza Centroamericana*, San José, 1935.

(25) *Viaje a Centro América*, p. 156.

(26) *Las Indias Occidentales y el Continente Español*, p. 413.

(27) op. cit., p. 413.

satisfactorias, y que por otra parte, suavizan notablemente la pena de los conchos: un perfecto equilibrio existe entonces entre propietarios y trabajadores de haciendas. El éxito del café se debió a la existencia de ese excepcional clima social en el momento en que el cultivo se difunde. Solamente después, en los dos tercios del siglo XIX, una nueva segmentación de la propiedad va a comenzar, naciendo del deseo de cada concho de asegurar por sí mismo su propio sustento, independencia que le será a veces ruinoso, mientras que el jornalero, con el intenso desarrollo del café, llegará a ser más que antes súbdito del gamonal. Pero nunca se llegará a un verdadero estado de tensión social y desde hace un cuarto de siglo la lucha gubernamental contra el monocultivo del café no hace sino venir en ayuda del jornalero y del concho independiente. Sólo los gamonales cuyas plantaciones de café tienen poca competencia y también las plantaciones americanas recientes (como los banales de la United Fruit en Limón) han reforzado la pobreza del jornalero, que llega a ser en ese caso un peón. Pero gamonal y peón son tipos humanos atemperados en Costa Rica y la ausencia de tensión tuvo por resultado favorecer una muy neta indolencia moral, en lo que concierne a lo que se relaciona con la política. Guanacaste y Puerto Limón, donde por lo demás comienzan a multiplicarse los divorcios, la delincuencia y la criminalidad, ¿no son los polos del activismo en Costa Rica?

Esta indolencia ha impedido al régimen municipal desarrollarse rápidamente: aún Heredia, "la ciudad de los maestros", ha debido esperar hasta mediados del siglo XIX para imitar a Cartago y tener su Ayuntamiento. Y no es sino desde 1930, más o menos, que verdaderamente la vida municipal parece haberse alineado con la concepción que nosotros tenemos de ella. Pero esta innovación progresó y la revolución de 1948 marcó la entrada de C. R. en un nuevo ciclo "Es indudable, —escribe Rodríguez Vega,— que el año 1948 marca el nacimiento de una nueva actitud ante la vida por parte de nuestro pueblo. El cambio consiste en habernos incorporado (o en estarnos incorporando) a la corriente mundial que lo está transformando todo en el mundo" (28). Más que un elemento reciente, es el resultado de un trabajo lento, de una serie de encuentros de generaciones entre sí, que acaba de dibujarse.

El concepto de generación no está perfectamente definido. "Una generación, —dice Ortega y Gasset,— no es un puñado de hombres egregios, ni simplemente una masa: es como un nuevo cuerpo social íntegro, con su minoría selecta y su muchedumbre, que ha sido lanzado sobre el ámbito de la existencia con una trayectoria vital determinada" (29). A las generaciones cumulativas de la herencia, opone su virtud selectiva, polémica y espontánea. Esta noción de Ortega y Gasset, el Prof. español Serrano Poncela, exilado en Puerto Rico, la aplicó a los países centroamericanos. Y al margen del papel individualista de los grandes hombres del país ella constituye actualmente el tema central de explicación de la evolución costarricense para los historiadores de San José. (e).

Evidentemente, es el problema de la "generación de 1948" el que ha sido la causa directa de esta inserción. Con todo eso, los precedentes no faltan, ya se trate de explicar la obra de los grandes finqueros que proclamaron la Independencia, de la cual la presidencia de Braulio Carrillo (1835-42) marcó el término, la victoria de 1856 que permitió a la entidad costarricense afirmarse en América Central en el curso de la "nueva era", la edad de la expansión máxima del café con el presidente Tomás Guardia (1870-1882) y la época de los grandes empréstitos en el extranjero, el período de sofocación americana y de comienzos de tensiones internas, de 1905

(28) *Apuntes para una sociología costarricense*, p. 77.

(29) *El Tema de Nuestro Tiempo*, p. 15, Col. Austral, ed. 1942.

e).—*Vid.*: CLAUDIO GUTIERREZ CARRANZA, *Ensayo sobre las generaciones costarricenses*. 1823-1953, Rev. Univ. de C. R., 10 (XI-1954), 51-61. — N. de R.

a 1935. Como hielos flotantes, esas generaciones tropezaron con el casticismo original de Cartago y lo desviaron.

Las manifestaciones intelectuales surgidas del Centro de Estudios de los Problemas Nacionales a partir de 1940 han preparado alrededor de Eloy Morúa la cristalización de las aspiraciones nuevas con mucha más eficacia que cuatro reajustes anteriores, que habían ya modificado mucho, al nivel de las élites locales, la vieja tradición que se encuentra todavía, como lo describimos antes, en la "meseta". Y es así como oficialmente la "sabiduría tradicional" se apagó con la acción de José Figueres Ferrer. Pero la modalidad de ese rejuvenecimiento, de esta adaptación, que recuerda mucho aquella que prevaleció en 1889 con Ricardo Jiménez y la entonces nueva política de los empréstitos, permanece aún superficial, aunque relativamente desprovista de retórica, a causa del temperamento práctico de la inteligencia de San José. La acción científica de Clorito Picado, la pedagógica de Omar Dengo a lo largo del período del "Big stick" americano, habían abierto el camino; pero era necesaria la usura de una época para que una "nueva ola" se desatara sobrepasando las sugerencias de aquellos precursores. El nuevo acontecimiento esencial de la nueva generación es el tender a la supresión de la generación desviada que separaba hasta entonces la ciudad y el concho, y también sin duda el haber quebrado el bello ritmo de las generaciones progresivas de antaño mediante una aceleración de la historia en un país que ha sacado secularmente su fuerza, su independencia y su originalidad de la perseverancia de sus rasgos. Venidos por mar, ¿no aplicaron estos campesinos a los usos agrícolas los términos náuticos que sus antepasados habían guardado como último mensaje de la vida española?: tal "halar", de la cual se sirven a cada instante como boyeros para decir que "arrancan" su carreta...

Dos hechos favorecen por otra parte la acción de la generación de 1948: el desarrollo de la clase media, ambiciosa, menos atada al mito de Cartago, temperada por sus contactos intelectuales (periódicos, radio, papeles administrativos) con la vida moderna y el crecimiento de una verdadera Capital. En el momento de la Independencia, San José, Cartago, Heredia y Alajuela tenían respectivamente, 15.472, 11.028, 10.809 y 8.027 habitantes. En mil ochocientos noventa y dos, estas aldeas no alcanzaban más que a 25.359, 18.514, 10.566 y 14.888 h. pero hoy San José pasa de los ciento cincuenta mil sin contar sus suburbios urbanos, Guadalupe, etcétera. Alajuela, menos sumida en su pasado que Cartago y Heredia, le sigue; Puerto Limón y Puntarenas, como puertos, se vuelven cosmopolitas.

La descripción que hemos dado de Costa Rica será rápidamente superada.

El Autor, Paul Gache, es especialista en Sociología Latinoamericana. Ha sido redactor jefe de la Revista económica "Euroamérica" (París) y ha publicado numerosos estudios, entre los que destaca *L'idée latine de Roger Barthe* (Rodez, Subervie, 1958).

Este artículo apareció en la "Revue de Psychologie des Peuples" (Le Havre, 1958), y se traduce con la autorización del Autor y de la Revista.

Traducción de Sira Jaén.